

El tonto de Lecumberri.

Háblame de quién es este -decía un guardia de seguridad a otro en el muerto palacio de Lecumberri. Aquel frío lugar que albergó la muerte y la distopía en paredes que antes fueran hogar de la aristocracia. Rigoberto Gonzales era un reo mas de ese lugar de miedo, un enfermo mental que para la época fue catalogado como peligroso, y llegó a la cárcel sin cometer delito alguno. La sociedad lo castigó por ser diferente al resto, lo encerró por su locura y lo condenó a vivir amargado en un mundo que temía a lo desconocido.

Rigo fue un niño con infancia común; trompos, yoyos y matatena fueron parte de su crecer. Como todo niño se enamoró y no hizo nada consecuente a eso, peleaba por su barrio en la colonia Roma de aquellos ayer. Su madre, una mujer de buen ver, se casó de manera insatisfactoria con un obrero de las jaboneras que ahí tenían hogar. Tuvo el infortunio de estar sin padre, crecer en la bastardía de las cosas.

En su educación más primal aprendió a leer y a escribir con la vara en la espalda. Una lengua que no obedecía al fonema le hizo la vida complicada de vivir. Sus compañeros de clases, o esas bestias que estaban dentro del mismo corral, lo segregaban por su tartamudez sin diagnosticar. Rigo también padecía de un caminar burdo y poco elegante, la falta de dinero no le permitió costear esas varillas que enderezaban huesos. Sus rodillas apuntaban hacia afuera y solo hacían que su escuálido ser fuera mas llamativo para los normales. Pelo sin controlar y una tez parecida al café de funeral, Rigo tenía todo en contra para ser normal, para ser aceptado, para ser algo.

Comenzó a trabajar desde muy joven, los números eran un lenguaje más difícil de hablar; él no se rendía a seguir estudiando, pero un profesor suyo le hizo ver que no era capaz de llegar a nada por que no hacen falta ingenieros chuecos. En la central de abastos solicitaban desadaptados con la memoria escasa, bestias de carga que fueran felices con comida diaria y un poco de dinero. Rigo encajó perfectamente ahí, se encontró con la sorpresa de que no era el único que estaba siendo rechazado por ser diferente.

En aquel lugar encontró el amor de jóvenes, la hija de un productor de cebolla zacatecano. Una jovencita de dientes cortos y anchos, ojos de color verdoso, piel blanca y un cabello indomable y semi castaño. Esa mujercita se parecía a las de los anuncios del Palacio de Hierro. Rigo, un hombre de poco pensar, pero de buen actuar, le regalaba su amor de formas materiales.

Para un tonto como el, una manzana roja y jugosa era un poema escrito por las manos más hábiles. A ella siempre la esperaba una manzana en su local de venta y de vez en cuando una flor que Rigo hurtaba de buena fe de alguna florería.

Al crecer ambos vieron la diferencia del cuerpo, el sexo se revelaba. Rigo no era tan estúpido como para notar que a ella ya le habían crecido senos y se le hacía la voz más dulce. El en cambio comenzaba a notar mas vello en lugares que siempre le dijeron que se tapara. Cruel el consejo del mal amigo que se divierte a expensas del sufrimiento ajeno, los hijos de sus patrones le aconsejaban que le cantara una tonada de moda. Algo que fuese romántico que le hiciera ver su cariño.

Al tartamudo se le hizo idea de a millón y así fue como decidió aprenderse algo para ella, aprender algo para enamorarla. Chava Flores le compuso de forma honorífica “Cuando me busquen tus ojos”. Días pasaron para que Rigo la aprendiera, y así un día de estos la recitara.

Cu-cuando me busquen tu-tus ojos, inu-nu-tilmente, entre la gente
cuando me llame-men tus labios, con grito herido, porque has su-fri-frido
van a llorar esos po-po-cos, tan honda-da-mente, mi amor ausente
que gritarán esos labios que te he per-di-dido, que me has perdi-di-do.

Cuando tu amor te recu-cu-erde lo que he vivido, lo que he-he sentido
el te dirá que así nadie te había ado-do-rado, te había que-que-rido
y aunque tus ojos me-me busquen, mi bien, y embro-bro-llado en tus labios
también
tu corazón sabrá si-si-empre que estoy con-ti-tigo, que no te olvido.

A la pobre de la zacatecana solo le brillaban sus ojos, de felicidad, sabía ya quien era el que le dejaba su manzana dulce, sabía que alguien la quería. Su padre en cambio no hizo más que enfurecer y gritar por todo el mercado.

¡Lárgate a la chingada!, mugroso tartamudo, a mi hija no le gustan pendejos. No faltaba más.

Rigo entendía muy bien la fluidez del odio, lo resintió y lo sufrió. Le volvieron a segregar como basura que no se levanta. Lo segregaron como mierda que se va, y no regresa.

Esa tarde, a la zacatecana la molestaban los muchachos del lugar, la tocaban y jugaban a ser sus dueños. Ella al ver a Rigo pasar le gritó - ¡AYUDA!

Rigo, que era bestia fornida, la defendió y dejó mal heridos a los atacantes, convirtiéndose en un criminal mental poco estable. Ella solo le agradeció de la única manera en la que le podía agradecer. Le dio un beso infantil en la boca. Lo besó con los labios secos y partidos. Lo besó con amor y cariño que tanto le habían hecho falta desde que llegó al mundo. Ella se fue, pero las consecuencias llegaron. A Rigo lo metieron en Lecumberri, se encerró en un lugar de odio, pero él no sentía eso, el solo recordaba con deseo y melancolía ese beso, porque en su idiotez era consciente de que sería el último acto de amor del que disfrutaría, hasta su muerte.